



Instituto de Altos Estudios Homeopáticos
James Tyler Kent

Escuela para Graduados Alfonso Masi Elizalde

**II ENCUENTRO INTERNACIONAL EN LATIOAMERICA
ALFONSO MASI ELIZALDE**

**14 al 16 de Septiembre de 2007
Buenos Aires, Argentina**

EL DESAFIO

Autor: Federico Cristian Fisch

El desafío

El camino es arduo, aunque puede ser recorrido con alegría. Si además no falta la paciencia, mejor. Y si además, en algún momento aparece un guía, empezamos a sentirnos colmados. ¿Porque ya está todo resuelto? No precisamente. Más bien, porque se dan las condiciones para poder afrontar el *desafío inicial*, es decir, emprender “la tarea”. ¿Qué tarea? La de intentar avanzar para poder correr, para ampliar la frontera de lo conocido, de lo comprendido. Esa titánica tarea en la que está embarcada la humanidad en miles de frentes, desde hace miles de años. Y ahí va esa humanidad, con su férrea obstinación, y con las herramientas que Dios le dio –los sentidos, la inteligencia, la intuición, el espíritu- sí, ahí va arremetiendo contra lo desconocido...

¿Y qué o quién es “un guía”? Alguien que conoce el terreno. Alguien que ya anduvo por ese territorio. Un baquiano es el que conoce los caminos, las sendas, las rutas. En los ámbitos del intelecto, un profesor es alguien que conoce la materia, el tema, y lo puede enseñar. Un maestro es algo más. Un maestro –al menos así lo veo yo-, es el que está dotado de esa inquietud que lo lleva a preguntarse, ¿qué hay detrás del límite de lo conocido? ¿Cómo se hace para acceder allí? ¿Cuáles son las dificultades? ¿Cuáles los problemas a resolver? ¿Cuáles los prejuicios que hay que demoler? ¿Cómo superar esas resistencias que se oponen, incluso con ciclópea pertinacia, al avance del conocimiento, al avance de la evolución? Pero para ser un maestro, no alcanza con hacerse estas y otras preguntas. Debe además tener mucha paciencia, mucho tesón. Suficiente humildad como para conocer sus propias limitaciones, sus errores, sus falencias. Debe además tener la capacidad de subordinar su propia importancia, poniéndola por debajo y al servicio de su tarea. De “la tarea”. Y no menos importante, aunque parezca de Perogrullo, debe poder admitir íntimamente que hay cosas que no sabe. Condición indispensable para poder *ver*, cuando se le aparezca frente a sus ojos, frente su intelecto, frente a su espíritu, aquello que hasta entonces no conocía.

Hemos sido convocados y estamos aquí reunidos por algo que de alguna manera todos compartimos: nuestra experiencia, nuestro contacto, nuestro aprendizaje junto a Alfonso Masi Elizalde, a quien –al menos en lo que a mi respecta-, no dudo en calificar de “maestro”. Es incuestionable que en su paso por este mundo, ha tenido que ver con “ampliar la frontera de lo conocido”. Sus aportes; su “exégesis de la doctrina homeopática”; sus interpretaciones de los escritos de los maestros que lo precedieron son palpables ejemplos. Hizo lo suyo. Pero –inexorable destino de todo viviente-, ya no está entre nosotros. Y su tarea quedó inconclusa. Como era de esperar. Porque, como él solía decir, “habrá que trabajar durante 200 ó 300 años para que la homeopatía llegue a ser lo que debe ser.” Es decir, un perfeccionado instrumento para la curación tanto del ser humano, como de todos los seres vivos, animales y plantas incluidos.

La tarea que nos espera, entonces, -según las predicciones de Masi Elizalde- es ardua. Muy ardua. Y él ya no está. ¿Cómo seguir? Él ya no está, pero su ejemplo perdura. Entonces, podemos tomarlo de modelo. En esto consiste el siguiente y *segundo desafío*. Habrá que ver si logramos salir airosos.

Una de las virtudes de Masi Elizalde que me impresionaron vivamente, fue la capacidad de aceptar opiniones o interpretaciones distintas de las que él creía o sostenía,

con la única condición de que estuvieran suficientemente bien fundadas. Si se daba esta circunstancia, no tenía ningún reparo en adoptar el nuevo punto de vista. Más: reconocía la autoría de éste, a quien se lo hubiera sugerido. Es decir, tenía la flexibilidad necesaria para poder evolucionar; para llegar a la verdad. —Y la no tan frecuente humildad como para no adornarse con plumas ajenas—. En otras palabras, su actitud de apertura estaba por encima de la letra, del texto, de lo conocido, de lo aceptado. De hecho, coincidía con la opinión de Gilberto de Tournai: “Nunca hallaremos la verdad si nos contentamos con lo que ya ha sido hallado. Los que escribieron antes de nosotros no son nuestros señores, sino nuestros guías”.(1) Está claro que si queremos correr la frontera de lo conocido, tendremos que ir para adelante, y no limitarnos a dar vueltas alrededor de lo ya dicho o propuesto, ya sea por Alfonso, o por los maestros que lo precedieron. No es que la tarea de revisión y perfeccionamiento deba desecharse. Por el contrario, el perfeccionamiento por ese lado, debe seguir. Pero es bueno tener presente que con eso solo, no alcanza.

Hacia finales de los años 70 —si mal no recuerdo— Masi Elizalde volvió a sorprendernos cuando empezó a hablar de Santo Tomás de Aquino. Pues, a partir de algunos puntos en común con lo escrito por Hahnemann, vio que allí había un nexo importante. Y lo desarrolló. Al hacerlo, sentó otro precedente a tener en cuenta como ejemplo a imitar. Pues bien, hace algún tiempo me topé con ciertas ideas de un contemporáneo de Santo Tomás de Aquino: San Buenaventura. Decía él que el hombre tiene por lo menos tres formas de acceder al conocimiento, tres formas que corresponden a tres aspectos distintos, a los que denominó como tres categorías de ojos: “el ojo de la carne”, que corresponde a los sentidos; “el ojo de la mente o de la razón”, que corresponde al intelecto, y “el ojo de la contemplación o el ojo del espíritu”, que es el adecuado para acceder a lo Divino o lo sagrado. También, que se comete un error categorial cuando se pretende acceder a un conocimiento dado, con un ojo que no es el adecuado. Por ejemplo, para entender exactamente qué significa “salado” hace falta el ojo de la carne, en la forma de “papilas gustativas”. Con el mismo criterio, para entender de qué se trata lo Divino, lo adecuado es el ojo de la contemplación. Claro que, con demasiada frecuencia, el ser humano en general, —que se autodenomina “racional”—, cede a la tentación de describirlo *todo* con palabras, o sea, tratando de hacerle ver al otro con el ojo de la razón, lo que correspondería mirar ya sea con el ojo de la carne, o con el de la contemplación. Pero seamos benévolos, convengamos que esta forma de hacernos entender, de transmitir algo, es menos exacta, pero más práctica. Pero los homeópatas, conscientes de que estamos en realidad cometiendo ese error categorial, utilizamos el recurso de suavizar el error anteponiendo ese par de mágicas palabras: “es como si...” o “siento como si...” Y la otra forma en que la generalidad de los mortales admiten implícitamente la inexactitud, es cuando califican a algo como “inefable”.

Pero volvamos ahora a Santo Tomás. Mis primeras impresiones sobre la “Suma teológica” fueron de mudo asombro. Obra monumental, sin duda. A esto le siguió un gran desconcierto de mi parte, cuando me enteré del famoso comentario del autor. Es sabido que poco antes de su muerte, Santo Tomás tuvo una visión mística. Al volver de ella le comentó a su secretario Reginaldo algo así como: “¡Ay Reginaldo todo lo que he escrito es paja, digno de ser arrojado al fuego!” Después de conocer la propuesta de San Buenaventura, con sus tres categorías de ojos, me pareció encontrarle sentido a lo vivido por Santo Tomás. Es que, luego de escribir en innumerables tomos ese tratado de

teología, -obra que trata de Dios y sus atributos, todo visto a través *del ojo de la razón*,- tuvo la vivencia directa de lo Divino. Y recién entonces a través del ojo adecuado.

La homeopatía *nació* por obra de Hahnemann. Pero no salió de un repollo, ni como consecuencia de generación espontánea. Como suele suceder en este tipo de circunstancias, Hahnemann abrevó en distintas fuentes y a todo eso le agregó su elaboración personal. La homeopatía, entonces, “echó a andar”. Luego fueron apareciendo otros homeópatas, y cada cual, en la medida de sus posibilidades, fue enriqueciendo el *corpus* homeopático. Boeninghausen, Kent, los diversos Allen, Hering, Ghatak, Grimmer y mucha gente más. Algunos bien conocidos, y otros no tanto. Siguiendo esa línea, podemos llegar hasta ese núcleo de médicos de Buenos Aires, donde Alfonso se formó. Allá por los años 40, o quizás un poco antes, llegaron allí también las ideas de Freud. Como él hablaba “de lo mental” –dicho sintéticamente-, evidentemente era un tema afín a la homeopatía. Hubo entre esos argentinos quienes aceptaron y quienes rechazaron la propuesta freudiana. Todos sabemos que Alfonso Masi Elizalde estaba entre los que no aceptaron. Porque en el planteo de Freud no entraba lo espiritual. Por eso Masi se mantuvo un tanto alejado de las “escuelas psicológicas” durante el resto de su vida. Sin embargo, no rechazaba a todos sus representantes. Coincidió al menos con Jung –y los junguianos-, y con Viktor Frankl. Supongo que Masi Elizalde nunca se enteró que cuando él, allá por los años 60 iniciaba su “exégesis de la doctrina”, simultáneamente otros psicólogos, en otras partes del mundo, también estaban preocupados por esa misma problemática: la de la falta de un lugar del aspecto espiritual, en las consideraciones de los psicólogos. Tratando de resolver esta falencia fue como surgió, en esa época, lo que se denominó “psicología transpersonal”. Casualmente, Viktor Frankl fue uno de los miembros fundadores, y la obra de Jung fue reconocida como parte del fundamento de esa corriente psicológica. Y la palabra *transpersonal* se adoptó como forma de indicar que había que agregar a lo *personal* aquél otro aspecto que iba *más allá*, es decir: explícitamente lo espiritual. Volviendo a San Buenaventura, “aquello que se ve con el ojo del espíritu, o el ojo de la contemplación”.

Dije más arriba que la homeopatía, ya desde su inicio, se ha nutrido de fuentes afines pero distintas de la homeopatía misma. Mi impresión es que todo lo descubierto, pensado y elaborado por la psicología transpersonal, tiene una notable afinidad con lo que la homeopatía busca y propone. Abraham Maslow, Ken Wilber, Stasnislav Grof, Daniel Goleman –por nombrar sólo a unos pocos-, hablan un lenguaje que resuena gratamente en los oídos de un homeópata. Hace más de 40 años que ellos están dedicados a “ampliar la frontera de lo conocido,” y nada menos que en el tema del Hombre, la salud y el aspecto espiritual. Mi propuesta –que desde ya que es sólo *una* de las múltiples posibles- es una formal invitación para que los homeópatas recorramos este interesantísimo territorio, de la mano de los gentiles maestros de la psicología transpersonal. Puede resultar una ayuda para poder avanzar hacia esa todavía lejana meta, que Masi Elizalde estimó situada a unos 200 ó 300 años de distancia.

El desafío está. ¿Hay alguien más que quiera sumarse a esta propuesta?

Bibliografía:

(1) Ponferrada, Gustavo Eloy. “Introducción al tomismo”. Editorial ‘Club de lectores’ Pág. 16.